

Rafael Heliodoro Valle y su correspondencia con intelectuales peruanos

Osmar Gonzales Alvarado

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

osmar.gonzales@gmail.com

Lima, Perú

Resumen

En este artículo, el autor se pregunta por el papel que cumple el intercambio epistolar en la constitución del campo intelectual y, de manera específica, en América Latina durante la primera mitad del siglo XX. Su análisis lo realiza tomando como objeto de estudio la copiosa correspondencia que Rafael Heliodoro Valle, intelectual hondureño, mantuvo con pensadores sociales peruanos en la primera mitad del siglo XX.

Palabras clave: Campo intelectual –, epistolarios – Rafael Heliodoro Valle

RAFAEL HELIODORO VALLE AND HIS CORRESPONDENCE WITH PERUVIAN THINKERS

Abstract

In this article, the author asks about the role that epistolary exchange plays in the constitution of the intellectual field and, specifically, in Latin America during the first half of the 20th century. His analysis is carried out taking as an object of study the copious correspondence

that Rafael Heliodoro Valle, a Honduran intellectual, maintained with Peruvian social thinkers in the first half of the 20th century.

Keywords: Intellectual field – epistolaries – Rafael Heliodoro Valle

La pregunta que orienta estas páginas es: ¿Cuál es el papel que cumple el intercambio epistolar en la constitución del campo intelectual y, de manera específica, en América Latina durante la primera mitad del siglo XX?

Gracias a las misivas, los intelectuales se ponían en contacto, intercambiaban ideas, circulaban artículos que se publicaban en revistas culturales o políticas, cuando no en periódicos que siempre tenían un lugar destacado para las expresiones culturales y los debates de ideas. Por ese medio también generaban corrientes de opinión, amistades, afinidades ideológicas y, algo no menos relevante, propiciaban encuentros, sea en congresos, conferencias o seminarios, lo que les permitía ir construyendo un conjunto de preocupaciones y metas comunes, así como un lenguaje distintivo.



En efecto, desde inicios del siglo XX América Latina experimentó un incremento sin precedentes de publicaciones de diverso tipo, que respondían —o trataban de hacerlo— a la diversificación social que nuestros países experimentaban al compás de la modernización capitalista. Esta modernización fue impulsada por el capital inglés primero y, hacia los años veinte, por el capital estadounidense, que inicia el proceso de desplazamiento de aquel. Los cambios no solo fueron económicos, sino también sociales y culturales. Entre ellos se puede mencionar el esfuerzo, con relativo éxito, según países, por constituir una clase dirigente: la burguesía tratando de desplazar a la vieja oligarquía. Por otro lado, un cierto engrosamiento de las clases medias, especialmente profesionales y estudiantes, que protagonizarían movimientos para reformar la enseñanza dejando atrás las concepciones pseudoaristocráticas y definitivamente tradicionalistas. Es también un tiempo en el que emerge una combativa masa de trabajadores urbanos (artesanos, obreros, empleados públicos, burócratas) que se enfrentan al Estado capturado por las oligarquías para que sus derechos sean reconocidos, especialmente la jornada laboral de 8 horas; por su parte, en el mundo rural los campesino-indígenas seguían luchando contra los poderes locales (especialmente en los países andinos) que los subsumían en condiciones de vida denigrantes, y la presencia imperialista que expoliaba los recursos naturales y se inmiscuía en la lucha política.

En un momento de auge sin precedentes de la palabra escrita, y especialmente impresa, el personaje central es precisamente el intelectual, quien es el que domina el uso de la palabra, sea didáctica o estética. Algunas actividades empiezan a profesionalizarse, como el periodismo. Este se constituye en el medio que puede comunicar al ciudadano (en donde los

hubiere y con la extensión que tuviere) con las ideas y movimientos sociales, culturales o políticos. De alguna manera, el experto en la palabra escrita se erige en una especie de líder cultural que adquiere influencia y notabilidad en las sociedades de principios de siglo. Es quien funda revistas, periódicos y publicaciones de todo tipo, y se esfuerza por interpretar, a la vez que moldear, a la siempre inasible opinión pública.

Campo intelectual

Un concepto fundamental es el de campo intelectual, propuesto por Pierre Bourdieu en diferentes obras suyas. La idea de campo ayuda a delimitar las acciones, estrategias y propuestas de un sujeto fundamental para que el propio campo exista: el autor. En este sentido, son los autores los que están, o deben estar, dispuestos a constituirlo. Como señala Bourdieu:

Un campo solo puede funcionar si encuentra individuos socialmente predispuestos a comportarse como agentes responsables, a arriesgar su dinero, su tiempo, a veces su honor y su vida, que pugnan por ganar y por conseguir los beneficios que propone y que, desde otra perspectiva pueden parecer ilusorios, cosa que siempre son también puesto que se basan en la relación ontológica entre el habitus y el campo que está en el origen del ingreso en el juego, de la adhesión al juego, de la 'illusio' [...] por eso, el hecho de intervenir en la lucha contribuye a la reproducción del juego mediante la creencia en el valor de ese juego. Sobre esa complicidad básica se construyen las posiciones enfrentadas. Quienes dominan el capital acumulado, fundamento del poder o de la autoridad de un campo, tienden a adoptar estrategias de conservación y ortodoxia, en tanto los más desprovistos de capital, o recién llegados, prefieren las estrategias de subversión, de herejía. (Bourdieu, 2002b, pp. 51-52)

Bourdieu también sostiene que el campo (cualquiera que este sea) es el “proceso histórico de autonomización y de diferenciación interna” (Bourdieu 2000, p. 17) y goza de una autonomía relativa, aunque siempre en relación con los otros campos. El campo académico también tiene su propia política: la política universitaria. Esta autonomía de los campos tiene repercusiones en el análisis dado que permite la autonomía metodológica que hace posible su estudio bajo supuestos acotados en su propia institucionalidad, de acuerdo además con su grado de consolidación y legitimación. En el campo intelectual, sus integrantes ocupan diferentes ubicaciones y ostenta rangos de autoridad y legitimidad diferenciados, pero no por ello dejan de regirse por las propias leyes de su campo. El autor es la pieza central del campo intelectual quien, en el proceso histórico, ha ido alcanzando la liberación económica y social “de la tutela de la aristocracia y de la Iglesia y de sus valores éticos y estéticos”. Al mismo tiempo que eso sucede, aparecen “...instancias específicas de selección y de consagración propiamente intelectuales (aun cuando, como los editores o los directores de teatro, quedaban subordinadas a restricciones económicas y sociales que, por su conducto, pesaban sobre la vida intelectual), y colocadas en situación de competencia por la legitimidad cultural” (2002^a, p. 10).

Siempre desde Bourdieu (2002a), se puede sintetizar lo mencionado en líneas anteriores. Como en todo sistema, cada una de sus partes porta diferentes pesos, ocupa distintas posiciones y ostenta rangos de autoridad diferenciados: “las partes constitutivas del campo intelectual, que están colocadas en una relación de interdependencia funcional, resultan, sin embargo, separadas por diferencias de peso funcional y contribuyen de manera muy desigual a dar al campo intelectual su estructura específica” (Bourdieu, 2022a, p 31). Al mismo tiempo, se debe reconocer que “algunas

relaciones sociales fundamentales se encuentran a partir del momento en que existe una sociedad intelectual dotada de una autonomía relativa respecto a los poderes político, económico y religioso” (Bourdieu, 2022a, p 31), lo que responde a las características de una sociedad con grados importantes de institucionalización. Igualmente, al interior del campo intelectual el sujeto intelectual

puede mantener con cada uno de los demás miembros de la sociedad intelectual, con el público, y, *a fortiori*, con toda realidad social anterior al campo intelectual (como su clase social de origen y de pertenencia o poderes económicos tales como los comerciantes o los compradores), que están mediatizadas por la estructura del campo intelectual, o más exactamente, por su posición en relación a las autoridades propiamente culturales, cuyos poderes organizan el campo intelectual. (Bourdieu, 2022a, p.37).

En la constitución del campo intelectual no se puede soslayar la importancia de la conformación de redes intelectuales, entendida, según Eduardo Devés-Valdés, como “un conjunto de personas ocupadas en la producción y difusión del conocimiento, que se comunican con razón de su actividad profesional, a lo largo de los años” (Devés-Valdés, 2017, p. 30). A principios del siglo XX, muchos eran llamados, más ampliamente, sabios o eruditos, por ejemplo.

El papel de las revistas

Por otra parte, no es posible ignorar el contexto o, mejor dicho, los contextos. En el Perú, desde inicios del siglo XX hasta mediados de él, encontramos momentos cruciales que influyen en los autores, tanto en sus ideas, estética, funciones sociales y compromisos políticos. Un momento clave de todo esto fue la derrota en



la Guerra del Pacífico (1879-1883) que exigió a los intelectuales peruanos a repensar y discutir ideas que de alguna manera habían calado en el momento de auge económico resultado del *boom* guanero.

La revista expresa la explosión de la palabra impresa y también de las nuevas ideas que surgen. La revista de contenido amplio comunica más rápido, mejor y a un público lector que surge demandando el acceso a publicaciones en la medida que la sociedad se va diversificando. La aparición de un sinnúmero de revistas busca interpretar y llegar a esos nuevos sectores: niños, mujeres, profesionales, clase media, élites intelectuales, y también a algunos sectores de trabajadores. El mercado impreso se expande, aunque localizadamente, especialmente en centros urbanos y más desarrollados. La palabra impresa no llega a los campesino-indígenas y a gran parte de las llamadas en esa época “razas inferiores”. De alguna manera, la segmentación de las revistas expresa las diferenciaciones sociales.

De esta manera, se unen los sujetos de ideas con los soportes por medio de los cuales ellos se hacen presente en el campo cultural constituyendo redes intelectuales. Estas redes van más allá de las fronteras físicas y políticas de los estados nacionales, lo que Alexandra Pita González llama “fronteras simbólicas”, es decir, “...como un límite de cultura e identidad que cambia, se multiplica y resignifica a través de la acción de los sujetos sociales” (Pita, 2017, p. 41). Dichas redes de intelectuales, además, “...legitiman su entorno académico en las instituciones de la cultura: tertulias, cafés, editoriales, revistas, periódicos y, por supuesto, el mundo académico universitario” (Zuloaga, 2021, p.509).

Es evidente que está cobrando importancia el análisis del material impreso como formato del establecimiento de redes o lazos intelectuales.

Un trabajo destacado al respecto es el editado por Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir, *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX* (2018) quienes, reuniendo a un grupo de investigadores destacados, y a partir de diferentes casos, analizan tanto las prácticas editoriales en América. El libro compilado por Granados y Rivera Mir y otros, como los de Weinberg (2021), Pita González (2017) y Gustavo Sorá (2017), por ejemplo, ayudan a cubrir ese vacío en la agenda investigativa.

Epistolarios

Los epistolarios son el “Conjunto de cartas o epístolas de un autor o de varios”, según el *Diccionario de la Real Academia*. Desde la mirada sociológica el epistolario adquiere una dimensión distinta, especialmente por su valor como fuente de información y como medio de comunicación que expresa un tipo de sociabilidad dentro de un contexto histórico determinado. Es decir, las cartas deben ser analizadas como documento cultural, tal como precisa Ricardo Melgar Bao (2020, pp. 19-21) y como un mirador que permite observar la vida social, como señala Pedro Salinas (Sáez y Castillo Gómez, 2002). Las cartas, al mismo tiempo que reflejan el grado de educación, el estrato social y cultural del que escribe, también revela el grado de incorporación a la cultura escrita e impresa de los corresponsales; de alguna manera, son espejos de la forma de organización de la sociedad.

El surgimiento y especialmente la expansión del uso de las cartas van configurando un nuevo género textual (Baños, 2005): la epistolografía. La característica seductora de las epístolas es que se mantienen cerca de la expresión oral y que expresan casi espontáneamente los cambios lingüísticos de la sociedad o de los grupos sociales, para ser más preciso.

Si la revista ocupa el lugar público que hace visible al autor, las cartas personales también viabilizan la constitución de un campo intelectual; permiten “la conformación de auténticas ‘comunidades de escrituras’, de redes de sociabilidad” (Castillo, 2002: s/p) a partir de la comunicación que facilitan los autores desde la esfera de lo privado. No siempre las cartas expresan una comunicación solo entre dos personas, pues en los tiempos iniciales de la alfabetización las cartas recibidas se podían leer para una colectividad; así, lo escrito, la lectura y lo hablado confluían en un solo momento. Con el avance y expansión de la alfabetización, la comunicación epistolar se iría convirtiendo en un diálogo privado entre dos.

Como parte de los autodocumentos (memorias, diarios, autobiografías), las cartas nos ofrecen la otra cara de los sujetos de ideas. En este sentido, y a propósito del escritor español, Pedro Salinas, Enric Bou introduce el elemento de la amistad. Las cartas también nos descubren elementos de la biografía del corresponsal, nos permite conocer anécdotas o pequeñas historias que la biografía formal no recoge, aunque solo sean datos que no necesariamente integran un cuadro completo. María Gabriela Micheletti (2017) analiza, desde la perspectiva historiográfica, el epistolario del escritor argentino David Peña, quien establece un abundante intercambio epistolar con intelectuales y políticos de su tiempo. En ese epistolario, Peña aparece como el vértice de las comunicaciones. Él escribe y a él le escriben. Sus cartas, si bien tienen un objetivo personal, sociológicamente guardan la importancia particular de estar generando con sus misivas las bases de constitución del campo intelectual argentino. La importancia de David Peña, en este preciso sentido, es similar a la que encarna Rafael Heliodoro Valle, este también vértice de comunicaciones epistolares con personajes peruanos de distinta procedencia, ideas y generaciones.

Hay un caso extraordinario, por ejemplar, de cómo las cartas constituyen un campo, en este caso literario, no intelectual, pues se trata de escritores, aunque también oficiaron de intelectuales públicos o de escritores ideólogos. Se trata de un epistolario polifónico compuesto por Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa, cada uno de distinta nacionalidad: argentina, mexicana, colombiana y peruana. Un volumen compuesto de 207 misivas reunidas por cuatro estudiosos: Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Munguía y Augusto Wong Campos (Aguirre *et. al*, 2023).

Uno de los aspectos más novedosos, o quizás el más interesante, es que ahora los epistolarios no son tomados para reproducirlos acompañándolos de un estudio preliminar, ni solo para encontrar un dato o anécdota atractivos, sino para descubrir y poner de relieve las historias que contienen; en las mismas cartas hay fragmentos del proceso histórico y biográfico que deben ser puestos en conocimiento del lector¹.

El pensador social latinoamericano

Hasta la mitad del siglo XX predominó la figura intelectual del pensador social. Si bien los intelectuales de principios de ese siglo, provenientes de la universidad y de las clases altas, de familias de prosapia o notables, prefirieron los libros, las tesis y los artículos en revistas, también incursionaron en el ensayo, pero con una factura erudita. Esto coincidía con el público ideal que tenían en mente, las élites más cultivadas, y también con una concepción de la política, exclusivista, restringida, propia

¹ Dos ejemplos relevantes son los de Lucila Castro de Trelles, *Un historiador enamorado* (2022), y de Sofía Pachas Maceda, *Zoila Aurora Cáceres y la ciudadanía femenina. La correspondencia de Feminismo Peruano* (2019).



de ciertos círculos destacados. En el Perú, el símbolo de esta concepción es la revista *Prisma* (1905-1907). Pero luego de la Gran Guerra (1914-1918), el medio de comunicación de los sujetos de ideas fue variando, predominando el artículo periodístico y el ensayo libre, lejos de la exquisitez bibliográfica, pero con alta calidad estética. No abandonaron las páginas de las revistas, pero modificaron su forma y estructura, por ejemplo, *Colónida* (1916) de Abraham Valdelomar y, sobre todo, *Amauta* de José Carlos Mariátegui. Estos cambios correspondían a las modificaciones de la vida social, la plebeyización y la aparición de la multitud que empujaba a pensar de otra manera el diálogo con el público, y a actuar de forma diferente en la política.

El pensador social latinoamericano no es homogéneo. Si bien es expresión de la escasa profesionalización e institucionalización de la vida intelectual y académica, se expresa en varias facetas: el biologicista, el radical, el escritor-ideólogo, entre otros (Gonzales Alvarado, 2002). El pensador social latinoamericano representa la porosidad de su formación académica que, incluso, no resulta importante tanto para ocupar puestos públicos o influir en el lector. La rigurosidad académica era sustituida por el prestigio (incluso familiar y generacional) o la propia calidad escritural. Es decir, las fuentes de legitimación del pensador social no pertenecían necesariamente a las que corresponderían al campo intelectual. Por estas razones, el pensador social podía ejercer diversos roles: periodista, funcionario político, profesor, filósofo, analista político y político propiamente. Rafael Heliodoro Valle representa muy bien esta figura de intelectual, pues era, historiador, poeta, bibliógrafo, político, diplomático, periodista y animador cultural, entre otras cosas.

Exilio

La condición de exiliados se ha vuelto un tema también sometido a análisis desde las ciencias sociales, en especial, aunque no únicamente, de la sociología y la historia. El exilio siendo en un primer momento desarro, puede convertirse en una condición de desarrollo de los intelectuales: al interactuar entre ellos y aclimatarse en la sociedad y la cultura de la sociedad que los acoge, establece comunicación directa con los intelectuales lugareños. Mientras los primeros viven el exilio, los segundos conviven con el exilio. Esa interacción puede producir, y de hecho así ha sido, productos intelectuales y políticos fundamentales.

Espacios y actividades de legitimación de los intelectuales

Los intelectuales generan sus propios espacios de reunión, de socialización, como las editoriales, las revistas, los diarios, así como los comentarios de libros, coediciones de libros, antologías, seminarios, congresos, coloquios, dedicatorias (impresas o manuscritas) de las publicaciones, entre otros. Y se manifiestan públicamente, de manera grupal, firmando manifiestos, con cartas abiertas, declaraciones, entrevistas, aparte de las publicaciones propiamente dichas. Se trata de intelectuales públicos que sientan su posición sobre los problemas de la sociedad y la vida política. Son formas de legitimación de los intelectuales, maneras de validar interlocutores, sean maestros o discípulos, dentro del juego generacional que puede ocasionar parricidios simbólicos, o de contemporáneos que comparten algún tipo de proyecto político o de ideas-fuerza. Muchas veces, todo lo anterior va precedido por la comunicación epistolar –un medio más personal y privado de constitución un campo intelectual–; la correspondencia precede al encuentro personal, así como a los debates

públicos y al intercambio de ideas. Otras veces, las cartas son consecuencia de esos encuentros cara a cara, los prolongan y diversifican y son, también, una manera de reclutamiento, medios para incorporar nuevos miembros. En otras ocasiones, las cartas se anticipan o producen rupturas personales que pueden o no afectar al campo cultural. Dependerá de la solidez de este para calibrar sus consecuencias y el grado de su institucionalización.

Rafael Heliodoro Valle, autor de cartas, y su tiempo

Rafael Heliodoro Valle fue un prolífico escritor hondureño que nació en 1891; por lo tanto, perteneció a la generación latinoamericana que tenía como proyecto la unificación de América Latina, la de los años veinte, la que tenía antecedentes importantes. En efecto, desde 1900, es decir, a partir de la publicación de *Ariel*, del escritor uruguayo José Enrique Rodó, las élites intelectuales de nuestros países tuvieron como aspiración encontrar las bases de la unidad latinoamericana. En un inicio se trató de un proyecto cultural más que político. La integración basada en el idioma y en el pasado común permitía pasar por alto las diferencias profundas en los planos social y económico. Serían los intelectuales quienes se convertirían en los personajes centrales de ese afán.

Es el tiempo también de la formación optimista de las burguesías latinoamericanas, amparadas en los importantes procesos económicos que ya venían mostrándose desde la segunda mitad del siglo XIX a partir de la expansión del imperialismo británico. América Latina era lo opuesto, se sostenía, era la encarnación de los mejores ideales, hija de un espíritu superior que menospreciaba la fría racionalidad que llegaba desde el Norte.

La bella época sería arrasada por la manifestación más sangrienta de los instintos,

la llamada Gran Guerra europea de 1914-1918. De la autoconcebida civilización superior emergió, tanáticamente, el salvaje depredador. Como consecuencia, el ambiente espiritual, cultural e intelectual se bañó de pesimismo, de desencanto, sentimientos que fueron combatidos por la esperanza que representó la Revolución bolchevique (1917), la cual, sumada a la regional Revolución mexicana (1910), abrió paso al llamado por José Carlos Mariátegui “hombre matinal”, es decir, el futuro y su promesa de una humanidad mejor. Se fue creando un sujeto social y político que, de a pocos, se iría haciendo presente en la vida total de los países latinoamericanos. Muy rápido, desde Córdoba, llegaba el aire fresco de la juventud universitaria que peleó y consiguió reformar las estructuras de la vieja universidad. Entonces, no sería un pensador, como Rodó, sino una nueva generación la que anunciaba el advenimiento de una nueva época que, al mismo tiempo, fuera capaz de renovar las bases de la sociedad oligárquica y conseguiría amalgamar a las nuevas generaciones de todos los países latinoamericanos: la generación de la Reforma Universitaria fue la presentación de un sujeto colectivo. Si bien de ella destacarían algunos pensadores brillantes, lo sustancial era la presencia juvenil que representaba lo nuevo. Entonces, a diferencia del idealismo de Rodó, surgiría un sujeto social que aspiraba a hacer política y a tomar, sin más, el poder.

La meta política desplazaba progresivamente a la aspiración espiritual. Lo terrenal prevalecía sobre la idealidad. Mejor dicho, esta convivía, pero subordinadamente, con el ansia de poder. La integración latinoamericana debía forjarse desde de la acción y el pensamiento que llegaban gracias a los heraldos de la transformación de las viejas estructuras. Es cuando surgen, como abre-caminos, pensadores como José Vasconcelos, José Ingenieros, Manuel Ugarte, entre otros, aún cargados de cierto idealismo



que prepararían a políticos-intelectuales o intelectuales-políticos que enarbolaban ideales, pero anclados en la lucha social y, al mismo tiempo, con una clara consciencia de que era necesario avivar nuevas ideas que orientaran la vida política.

La diversidad de tonos

La correspondencia de Valle con los intelectuales peruanos se inició, al menos con la evidencia que se dispone, a fines de la segunda década del siglo XX, con las misivas cursadas con el poeta José Santos Chocano. Desde ese momento original continuaría incesantemente la intensa relación intelectual, literaria, diplomática, histórica, sentimental y epistolar (que es lo que nos interesa acá) de Valle con el Perú y sus intelectuales, escritores y políticos incluso. Estos corresponsales encierran muchos matices.

En efecto, las nuevas generaciones posguerra no constituyeron un todo homogéneo, como es natural: Mariátegui y Haya de la Torre fueron quienes marcaron la nueva experiencia desde proyectos políticos nítidamente señalados. Historiadores como Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Raúl Porras, por ejemplo, no participaban de los ánimos revolucionarios de aquellos otros miembros de su generación. Entre estos intelectuales y los finiseculares, que llamamos precursores, las diferencias eran más profundas, aunque con grados diversos: en el universo intelectual peruano se podía detectar una amplia gama de pensadores sociales, pero, más allá de sus diferencias, tenían el común denominador de entender el papel del Perú en América Latina.

Valle pertenece a esa nueva generación posguerra, y también es parte de esos matices apuntados. Es clara su consciencia de que la identidad latinoamericanista se debe construir estrechando lazos a partir del mundo de las ideas: potenciar el papel de los sujetos de ideas,

utilizar la palabra escrita, divulgar la palabra impresa y tener al libro como detonante de la unidad de nuestros países. Todo ello, ubica a Valle como un integrante fundamental de esos sujetos de ideas que construyeron convicciones sustantivas y que deseaban ser, ellos mismos, puentes de comunicación y de acción.

Como señala María de los Ángeles Chapa Bezanilla (2013), en el Fondo Rafael Heliodoro Valle, que resguarda la Biblioteca Nacional de México, se encuentran por lo menos 36 mil cartas dirigidas a personajes latinoamericanos, pero también de Europa y Estados Unidos. Y con respecto al Perú, Valle se comunicó epistolariamente con aproximadamente 40 sujetos de ideas; pero no se debe dejar de mencionar que por medio de sus cartas se sabe que se escribió con otros intelectuales peruanos, pero lamentablemente no se cuenta con los documentos a la mano. Sus vínculos con nuestro país fueron intensos y genuinos, acrecentados gracias al matrimonio que contrajo con quien sería su segunda, y definitiva, esposa: la historiadora peruana Emilia Romero (1901?-1968). Incluso, una de sus últimas decisiones fue donar parte de su biblioteca particular a la Biblioteca Nacional del Perú.

Emilia fue una niña adoptada desde muy pequeña, su padre adoptivo, Eulogio Romero, era un jurista y un político respetado, varias veces ministro; primo hermano del presidente del Perú, Augusto B. Leguía. No llevó a cabo estudios universitarios, pero tuvo la inteligencia y curiosidad investigativa necesarias para realizar aportes en el conocimiento histórico del Perú y México; además era políglota, lectora de los clásicos, tocaba piano y practicaba el deporte.

Encuentros afortunados

En 1921, es decir, el mismo año en que Valle viajó a México para asentarse definitivamente en él, se realizó el Primer Congreso Internacional

de Estudiantes a donde asistió un muy joven historiador peruano, que después se constituiría en uno de los pensadores sociales más importantes del país: Raúl Porras Barrenechea (1897-1960). Por las cartas cruzadas entre ambos se puede conocer que se hicieron muy amigos, que conversaron largamente sobre temas históricos, reconociéndose mutuamente, así como aproximándose al conocimiento de los procesos de sus respectivos países (Melgar, 2020).

Porras también fue parte de los universitarios que participaron en el Conversatorio que se organizó en la Universidad de San Marcos en 1921 con motivo de celebrar el Centenario de la Independencia del Perú, por ello, se le conoció como la Generación del Centenario, al lado de, por ejemplo, Luis Alberto Sánchez, Jorge Guillermo Leguía y Jorge Basadre, Ricardo Vegas García, Haya de la Torre, quienes también entablaron relaciones amistosas con Valle, coetáneo de aquellos, aunque un poco mayor.

Como se puede colegir, 1921 sería un año crucial en el que Valle comienza a consolidar sus vínculos con el Perú. Y a Porras le correspondería un papel fundamental. Y sería el propio Porras quien medió para que el gobierno peruano invitara al hondureño a Lima para las celebraciones de la Batalla de Ayacucho (1924), todavía durante el oncenio de Leguía. Antes de llegar a Lima, Valle partió de Ciudad de México para dirigirse a Veracruz, luego a La Habana y Panamá hasta desembarcar en el Callao. En el istmo conocería a un joven historiador que estaba exiliado por su propio tío, el autócrata Augusto B. Leguía. En dicho país, Valle y Leguía se conocerían y entablarían amistad, aunque duraría poco por la muerte del peruano apenas diez años después.

Hay que mencionar que dicha visita a Lima por parte de Valle sería muy importante para él y

quedaría grabada en su memoria, pues fue la oportunidad que tuvo de conocer a lo mejor de la intelectualidad peruana de ese momento, tanto a los que venían de generaciones anteriores (Enrique López Albújar, José Gálvez, Clemente Palma), como a los que surgían con aires frescos para renovar el debate intelectual y político. Por estas razones, en diferentes oportunidades aparecerá en las cartas de Valle referencias —un tanto nostálgicas— a 1924 o al grupo de 1924.

El escritor-editor cosmopolita

Sería Porras, que cumplía representación estudiantil en México, quien puso a Valle en contacto con otro gran escritor peruano, Ventura García Calderón Rey (1886-1959) mientras este desarrollaba funciones en la embajada peruana en París, ciudad en la que vivía desde muy joven, desde 1906, luego de la muerte de su padre.

Miembro de la Generación del 900, dueño de una prosa elegante, hijo del expresidente Francisco García Calderón Landa en tiempos de la Guerra del Pacífico (1879-1883), Ventura —hermano menor de Francisco, otro gran pensador peruano novecentista— es una de las grandes referencias literarias del Perú y de América Latina en su conjunto. Por su calidad literaria sería reconocido por gran parte de la intelectualidad no solo francesa sino también europea (que lo postuló al Premio Nobel de Literatura), aparte de ser un editor destacado, autor de crónicas sugerentes, sin olvidar que ejerció como diplomático en diferentes países. Su relación con Valle fue amistosa, pero sin llegar a la confianza que este mantuvo con Porras, o Porritas, como le escribía. Ventura moriría el 27 de octubre de 1959, tres meses después que Valle.



Biblioteca Nacional y la solidaridad de intelectuales

Durante su estadía en Lima Valle también conocería al llamado “historiador de la República”, Jorge Basadre (1903-1980), el historiador centenarista más joven, que ya había iniciado sus indagaciones sobre la república peruana. No solo rescataba documentos, sino que les imbuía de una apreciación personal bajo un estilo de escritura sobrio, sin arrebatos. El haber nacido en la Tacna ocupada por los chilenos, fue una circunstancia que le dio a sus trabajos un sentido y un sentimiento especiales. La amistad que Valle entabló con Basadre sería muy sólida además de colaborar en algunos proyectos culturales conjuntos como una Asociación Bibliográfica Indoamericana, en 1931, pero el más significativo sería, sin duda, el apoyo de Valle junto a un amplio grupo de intelectuales mexicanos, en la reconstrucción de la Biblioteca Nacional del Perú luego de su destrucción por el incendio de 1943, una “catástrofe”, como lo describe Valle (21 de mayo de 1943).

El drama de un escritor

Clemente Palma (1872-1946) era un escritor de éxito, pero tuvo la mala fortuna de ser opacado por la figura de su padre, el gran tradicionista Ricardo Palma. Con él se inauguró en el Perú los cuentos fantásticos (*Cuentos malévolos*, de 1913; *Historietas malignas*, de 1925), estuvo al frente del periodismo peruano y también fue un autor polémico, especialmente cuando sustentó, en 1899, su tesis *El porvenir de las razas en el Perú*, en la que reproducía los prejuicios y discriminaciones que caracterizaban al pensamiento tradicionalista y reaccionario peruano, que sostenía que había razas superiores y razas inferiores, por lo tanto, el orden social no podía ser modificado. El problema es que Palma tenía sangre africana, por lo tanto, él

también debía pertenecer, en esa clasificación, a los grupos raciales de abajo.

En 1919, año de inicio del gobierno de Leguía, Clemente fue elegido diputado por la provincia de Lima para la Asamblea Nacional, cuya finalidad era redactar una nueva constitución (la de 1920), de acuerdo con lo que requería el gobierno de la Patria Nueva. Incluso, Palma llegó a ser diputado ordinario hasta el fin del oncenio, en 1930. Poco antes, en 1926 había viajado a Washington como delegado ante el Congreso Panamericano de Periodistas, realizado en Washington; su influencia en el gobierno liguista era importante. Pero una vez caído Leguía también llegó la desgracia para Clemente, pues de gozar de las mieles del poder pasó a ser perseguido por Sánchez Cerro, el que derrocó a Leguía con una “revolución” desde Arequipa. Clemente debió vivir en calidad de exiliado en Santiago por casi dos años. Fue un tiempo de dificultades de las cuales no se pudo recuperar, y es el que explica el tono de la mayoría de las cartas que le escribe a Valle.

Los vínculos entre dos autores insaciables

Con Sánchez, dueño de una obra que, como la de Valle, cubría varias áreas —como la historia, la crítica literaria, el periodismo, la enseñanza, entre otras—, la relación epistolar era múltiple y extensa. Ambos eran sujetos de ideas con clara consciencia de la importancia de las cartas para el intercambio intelectual, para la promoción de la propia obra, para el tejido de la red intelectual latinoamericana y para llevar a cabo planes editoriales.

Sánchez empezó a construir su obra desde la adolescencia en el Colegio de Los Sagrados Corazones o Recoleta, cuando tenía 16 años fundando revistas como *Ariel*, que expresa influencia de las ideas de Rodó. Muy tempranamente se vinculó a círculos intelectuales como Colónida del cuentista

Abraham Valdelomar, sobre quien después haría una magnífica biografía. Su labor continuaría en San Marcos (universidad de la que sería tres veces rector) en donde fue una especie de secretario de Riva-Agüero, posterior antagonista ideológico. Su papel en el Conversatorio Universitario marcaría sus intereses predilectos, la literatura y la historia. También fue periodista destacado (en 1930 sería elegido presidente de la Asociación Nacional de Periodistas) y haría famosas sus siglas, LASS, que después quedaría solo en LAS. Con Mariátegui protagonizaría una de las polémicas más memorables, sobre el indigenismo, en 1927. El año siguiente sería nombrado subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú (antes, en 1919, ya había sido secretario de dicha institución).

Como miembro de la generación renovadora que fue la del Centenario de la Independencia del Perú, Sánchez se impuso como misión echar abajo lo heredado de sus antiguos maestros, los novecentistas: los mencionados hermanos García Calderón, el historiador José de la Riva-Agüero, el polifacético Víctor Andrés Belaunde y algunos más. Sus numerosos trabajos sobre escritores peruanos, desde el virreinato, y especialmente su enorme estudio sobre la literatura peruana, además de enjundiosas biografías, ensayos punzantes, abundantes artículos periodísticos y, finalmente, sus polémicas de índole político colocan a Sánchez como uno de los más importantes representantes de los pensadores sociales peruanos (Pinto Vargas, 2021). En tanto aprista, fue exiliado, y en Chile cumpliría labores de editor en la Editorial Arcilla, desde la cual difundió numerosas obras (algunas traducidas por él mismo) que llegarían a tener gran influencia en los países latinoamericanos.

La novela y la política; el aprismo y el exilio

El escritor y hombre de Estado mexicano, Jaime

Torres Bodet, sostenía a propósito del escritor y la libertad, la tarea del sujeto de letras: "...creo que, en la república de las letras, lo individual –si honrado– contribuye a la construcción de lo nacional; y lo nacional, si comprende y respeta las variedades individuales, no puede impedir la comunión de lo universal" (Torres Bodet, 2012: 43). En gran medida es el caso de Ciro Alegría (1909-1967), quien se encuentra entre los mejores novelistas peruanos precisamente porque siendo profundamente nacional es universal, y no lo hubiera logrado de no conquistar la libertad necesaria para alcanzar la perfección de su expresión estética.

La trilogía de novelas de Alegría, compuesta por *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1940), lo colocan como un escritor indigenista, aunque hay quienes sostienen que tal calificación no es exacta, como sí lo es para el caso de José María Arguedas, autor de *Los ríos profundos* (1958) o de *Todas las sangres* (1964). Lo que sí es cierto es que Alegría denuncia los abusos que los poderes locales ejercen contra campesinos y habitantes de la selva.

No hay exactitud de cuándo Valle y Emilia conocieron a Alegría y Varona, aunque es muy probable que haya sido a fines de los años cuarenta o principios de los cincuenta, cuando Valle era embajador y Alegría radicaba en Estados Unidos. Su correspondencia no es abundante, pero recorre los pasillos de los reconocimientos y de la escritura estética.

Política y aprismo

Así como Valle mantuvo amistad y correspondencia con Luis Alberto Sánchez y Ciro Alegría, también la tuvo con Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), es decir, miembros de la nueva generación, los de filiación militante aprista. Con Haya de la Torre,



Valle se sintió identificado por su proyecto integracionista y renovador; no obstante, sus cartas están fundamentalmente cruzadas por razones amicales y opiniones sobre libros, pues el líder aprista además de político era un hombre culto, que profesaba el gusto por la lectura. El tema político no es un tema central en su correspondencia, aunque no inexistente.

De alguna manera, la influencia de Vasconcelos sobre Valle y Haya de la Torre, es decir, de concebir a la política como una labor pedagógica, los acercó; asimismo, la necesidad por la escritura, aunque por razones diferentes: el hondureño para elaborar estudios serios sobre diferentes aspectos de la historia y la cultura latinoamericanas; el peruano para proveer de una visión de largo aliento a su proyecto político, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).

La palabra escrita de un autodidacta genial

El ideólogo marxista, fundador del socialismo en el Perú, José Carlos Mariátegui (1894-1930), también tuvo una brevísima correspondencia con Valle. Mariátegui es uno de los casos excepcionales del Perú. No terminó la primaria por su enfermedad temprana a los huesos; hospitalizado por un muy largo tiempo, se refugió en la lectura y aprendió francés en la clínica Maison de Santé (Mariátegui Chiappe, 2008). A partir de ese momento, su vida estaría ligada indisolublemente a los libros. Se hizo periodista después de trabajar como operario en el diario *La Prensa*, el eje del nuevo periodismo peruano, y en el que también ejercían la pluma escritores de la talla de Abraham Valdelomar, Federico More, Leonidas Yerovi, Alberto Ulloa, Luis Fernán Cisneros, entre otros. Se acercó a los reclamos de los trabajadores y apoyó la reforma universitaria. En 1919, el presidente Leguía lo enviaría a Italia para cumplir funciones diplomáticas, a no ser que prefiriera

ser encarcelado por ser su opositor. Partió a Europa.

En el Viejo continente, Mariátegui viviría su gran experiencia, su “momento naciente”, y descubriría el marxismo. A su regreso a Lima, en 1923, tomaría la conducción de la Universidad Popular González Prada y de su órgano de difusión, *Claridad*, fundados por Haya de la Torre. Desde ese momento su vinculación con los obreros y artesanos sería irreversible, así como también reuniría a buena parte de la nueva intelectualidad peruana, especial pero no únicamente de izquierda, en su casa de Washington. En 1925 publica su primera colección de artículos y conferencias, *La escena contemporánea*, libro sacado a la luz por la Imprenta Minerva que fundó con su hermano Julio César; en 1926 daría a conocer su gran revista, *Amauta*, y en 1928, el año de su ruptura con Haya de la Torre, pondría a disposición del lector su trascendental obra: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, partida de nacimiento del marxismo en el Perú. Dos años después moriría en Lima a la edad de 36 años.

Cartas del poeta divino y otros poetas

Hemos indicado que Valle, en su estancia en Lima en 1924, conoció a José María Eguren (1874-1942), el autor con el que la poesía peruana ingresó al Modernismo. Llamado por Mariátegui como el poeta divino, Eguren fue una figura solitaria y singular, un autor tardío que guardaba sus creaciones en el ámbito personal hasta que sujetos de letras como el cuentista Abraham Valdelomar, el filósofo Pedro Zulen, el poeta y libelista Manuel González Prada, entre otros, lo animaron a divulgar sus creaciones. Eguren fue un “poeta puro” (Mariátegui, otra vez) que cultivó otras artes como la pintura, la fotografía (con una microcámara de su invención), y también

el ensayo de crítica literaria. El también poeta hondureño expresa su admiración sin ambages por el autor de *Simbólicas*, por ello su insistencia en que le envíe sus nuevas creaciones, especialmente el tomo que editó Mariátegui, *Poesías* de Eguren. Su intercambio epistolar es expresión del carácter y genio de Eguren, poeta de cabeza a pies.

La comunicación con Eguren no representó ninguna dificultad para Valle. Por el contrario, las cartas fluían con naturalidad, a pesar de los formalismos de la época, pues el peruano no tenía ninguna restricción en transmitir sus sentimientos y estados de ánimo. A pesar de su infancia solitaria y difícil –pues buena parte de ella la pasó en la hacienda familiar, Chuquitanta, y en tiempos de la guerra con Chile (1879-1883)–, Eguren tuvo la virtud de la empatía; no actuaba como maestro ni como alguien superior. Por ejemplo, a pesar de ser 27 años mayor que Valle, trataba a este como un par, lo que lo igualaba ante sus ojos era el amor por la voz poética.

También es cierto que Eguren siempre supo cultivar una buena relación con jóvenes escritores –como Martín Adán, Estuardo Núñez o aquellos nóveles poetas, hombres y mujeres, que conformaban el grupo llamado, por él mismo, como Los duendes, a quienes apoyó en sus inicios literarios. Si bien Eguren sí pudo concluir sus estudios escolares, no pudo continuarlos en los recintos universitarios. Comparando al poeta con Mariátegui, una diferencia importante entre ellos es que el poeta provenía de una familia con ciertos recursos económicos; el Amauta, no.

Poetas de otra generación

Si el propósito de Valle era el de tener relación con los creadores literarios más importantes del Perú, Eguren estaba en el primer lugar. Aunque

algunos años después también conocería y se escribiría con otros dos poetas más jóvenes: Emilio Adolfo Westphalen (1911-2001) y Jorge Eduardo Eielson (1924-2006) (también con Javier Sologuren, pero de sus cartas no tenemos evidencias a la mano).

Westphalen fue un precoz poeta de obra poco extensa inscrita en la corriente surrealista. A pesar de los pocos títulos que publicó su poesía es reconocida por su originalidad y porque, al igual que Eguren, no está cargada de otro sentido que la propia poesía, sin interferencias ideológicas, preocupaciones sociales o políticas. Cuando tenía 22 años, publicó su poemario *Las islas extrañas* (1933), dos años después aparecería *Abolición de la muerte*, desde entonces gozaría de prestigio nacional e internacional. También fue director de la destacada revista *Las Moradas* entre 1947 y 1949. Vivió varios años en Nueva York, en donde trabajó como traductor de las Naciones Unidas.

Eielson es el caso de, se puede decir, un artista total, pues fue poeta, novelista, ensayista, guionista de cine y periodista. Igualmente, fue dibujante, pintor, escultor, fotógrafo, además de tocar el piano e incursionar en la actuación. A mediados de los años cuarenta, en la Universidad de San Marcos coincidió con el poeta Javier Sologuren y el escritor Sebastián Salazar Bondy, con quienes publicó el estudio titulado *La poesía contemporánea del Perú* con ilustraciones de Fernando de Szyszlo (1946). Entre 1945 y 1946, ganó el Premio Nacional de Poesía y el III Premio Nacional de Teatro.

Tanto Sologuren como Eielson solicitaron a Valle que los recomiende en su postulación para obtener la beca Guggenheim; no se pudo dar en ambos casos, lo que incomodó a Valle (como se nota en la carta de recomendación que dirige a la fundación Guggenheim). El hondureño, podemos ver, ha variado su papel: ya no es solo un puente entre los intelectuales,



sino que, ante los poetas jóvenes, se vuelve un protector de ellos que los auspicia.

Libros, historia y lo indígena

La avidez de Valle por conocer la vida intelectual de América Latina y, en el caso particular del Perú, lo llevó a establecer relaciones con estudiosos de diferentes áreas con los que podía relacionarse de igual a igual, pues –y este es otro elemento que se debe remarcar–, su amplia cultura y su voracidad lectora le permitían abarcar muchos terrenos del conocimiento. Uno de esos predios fue el de las culturas prehispánicas, y los dos grandes países que las contienen son México y el Perú; en el primero maduró intelectualmente y vivió muchos años (era su segunda patria), y con el segundo tenía una relación especial, intelectual y sentimentalmente. En ese afán, un vínculo imprescindible debía ser con el antropólogo Luis E. Valcárcel (1891-1987), quien nació en Moquegua pero que fue adoptado por el Cusco desde temprana edad.

Valcárcel se haría continentalmente conocido por su libro *Tempestad en los Andes*, publicado por Editorial Amauta, con prólogo de Mariátegui y colofón de Sánchez. Se trata de la reunión de un conjunto de artículos en los que transmite una visión radicalmente indigenista, o andinista, como él prefería decir. Además, está teñido de mesianismo y de marxismo; pero al mismo tiempo presagiaba que el aluvión de lo indígena eliminaría o expulsaría a todo lo que era culturalmente exógeno, especialmente lo proveniente de Occidente. Su texto motivó una de las polémicas más interesantes del Perú, la que discutió sobre el indigenismo y el mestizaje, que es la que protagonizaron Mariátegui y Sánchez a propósito de la obra capital de Valcárcel.

Valcárcel también fue un reformador y forjador de instituciones. Vivió un tiempo privilegiado

que reclamaba cambios. Miembro de un grupo generacional (“Escuela Cusqueña”) dispuesta a renovar las cosas en la Universidad San Antonio de Abad del Cusco, integrado por jóvenes que dejarían su huella en la historia cultural peruana, como José Uriel García, Luis Felipe Aguilar, José Gabriel Cosío y su hermano Félix, y otros. En 1909, protagonizó un movimiento estudiantil que obligó a una profunda reforma universitaria, antes, incluso, que la reforma que explotó en Córdoba, Argentina. Valcárcel mostraba una convicción de cambio, lo que políticamente se manifestó, en 1912, con su apoyo a Guillermo E. Billinghurst (Valcárcel, 1981), quien sería el primer momento populista y antioligárquico del Perú.

Historia andina e indigenistas

Valle también entabló amistad con el historiador cusqueño José Gabriel Cosío (1887-1960), integrante destacado del grupo generacional llamado Escuela Cuzqueña. Fue uno de los jóvenes que impulsaron la reforma de la universidad del Cusco en 1909; también fue integrante de la *Revista Universitaria* al lado de Luis E. Valcárcel, José Uriel García, Francisco Tamayo, entre otros. En dicho año, 1909, Cosío ingresaría a la enseñanza en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco y otras casas de estudio. Es relevante señalar que en 1912 participó en la expedición científica que dirigió Hiram Bingham (Universidad de Yale) en Machu Picchu en su condición de delegado del gobierno peruano y de la Sociedad Geográfica de Lima.

En sus misivas (dos) Valle y Cosío rememoran el encuentro que sostuvieron en casa de la señora Cáceres viuda de Porras, en Chorrillos, en donde el escritor hondureño, según confiesa, escuchó por primera vez el sonido de la quena. Fue una velada que Cosío define como “de arte incaico”, aprovechando la realización del III

Congreso Científico Pan-Americano realizado en Lima en diciembre de 1924 y enero de 1925.

Seguramente, en esa misma visita, Valle conoció al historiador cajamarquino, Horacio Urteaga (1877-1952), con quien, indudablemente, intercambiaría publicaciones, especialmente cuando Valle ejercía el cargo de jefe de la Sección de Bibliografía de la Secretaría de Educación le envía la revista *Forma*; por su parte, Urteaga le hace llegar sus libros *Historia de la civilización* (1927) y *El fin del Imperio* (1933), que el sabio hondureño comentaría con placer.

En esta línea temática, Valle empezaría a escribirse a fines de los años veinte con Rafael Larco Herrera (1872-1956), perteneciente a una de las familias más representativas de la oligarquía peruana. Los Larco fueron uno de los “barones del azúcar”, como los definió el APRA políticamente. Su hacienda azucarera (Chiclín) fue la primera en modernizarse importando maquinaria nueva, pero al mismo tiempo, por las condiciones de explotación de los peones cañeros, fue escenario de las grandes huelgas bajo la ideología del anarcosindicalismo en los inicios del siglo XX.

Larco Herrera era un oligarca culto, que investiga, lee libros y escribía; pero también un empresario que en 1931 adquirió el diario *La Crónica*. Su labor fue reconocida y galardonada, pues sería aceptado como miembro de la Sociedad Geográfica del Perú, de la Sociedad de Historia y Arqueología en Lima, de la Sociedad de Historia y Geografía en México, de la Institución Histórica Americana de Relaciones Culturales en Madrid y de la *National Geographic Society* en Washington D. C.

El folclor

Volviendo a las preocupaciones de intelectuales, Valle informa a Larco Herrera que llegará a Lima

Moisés Sáenz (Tacubaya, 7 de noviembre de 1931), ex subsecretario de Educación Pública, además de antropólogo y educador indigenista. Producto de su estadía y estudios en el Perú, escribiría su libro *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional* (1933). Y sería en Lima donde moriría en 1941.

En ese mismo año, 1941, Valle tomaría contacto con el folclorista de origen ayacuchano, pero cusqueño por adopción, Víctor Navarro del Águila (1910-1948). Dirigido por el gran escritor cusqueño, José Uriel García (1884-1965), autor de *El nuevo indio* (1930), Navarro fue parte de la fundación del Instituto Americano de Arte del Cusco, con el objetivo fundamental de preservar el patrimonio cultural. En el mismo sentido, en la Universidad, en la Facultad de Ciencias funda la cátedra de folclor, en 1937, también con García, para entonces senador.

La correspondencia entre Valle y Navarro es bastante raleada al menos de acuerdo con las cartas que tenemos a la vista. Casi una por año entre 1941 y 1945, solo en 1944 sabemos de tres cartas. Evidentemente, en las propias cartas hay pistas que nos indican que se escribieron más de lo que ha sobrevivido de su correspondencia.

Justicia y literatura

Un caso singular es el del juez que hizo literatura, Enrique López Albújar (1872-1966). Como dice Sánchez, las historias que narra se basan en su experiencia como juez. Fue un crítico del poder, especialmente del militarismo surgido después de la Guerra con Chile, representado por el héroe Andrés Avelino Cáceres. López Albújar tomó de Manuel González Prada, el gran predicador anarquista, su vena crítica y su comprensión del mundo indígena, asimismo, fue opositor al caciquismo y al orden feudal en el que vivía oprimido el ser



andino. Hacia fines del siglo XIX, al terminar sus estudios de derecho, en la Universidad de San Marcos, sustenta su tesis sobre *La injusticia de la propiedad del suelo*, que resultó un estudio fundamentado de ese orden feudal. En su despacho de juez en el norte del Perú, en Piura, especialmente, conoció de cerca los reclamos y denuncias sin atender de los indios, que no tenían opción de ser escuchados frente al poder de los hacendados. El poder lo veía con recelo, sus ideas eran subversivas.

De esa experiencia, López Albújar publicó su libro *Cuentos andinos*, 1920, en el que ofrece una versión descarnada de la situación del indio, aunque no siempre fidedigna, pero sí contundente como denuncia de un problema social, en donde impera la violencia (física y psicológica) en ambos lados. Se le considera como el iniciador del cuento moderno de corte indigenista del siglo XX.

La legitimación de autores

Estuardo Núñez (1908-2013) compartiría con Valle la literatura; el peruano sería con el tiempo uno de los críticos literarios más importantes. También precoz intelectual, desde muy joven se acercaría al poeta José María Eguren, quien sería una especie de referente literario para jóvenes poetas y estudiosos como Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen y el propio Núñez. Sería Eguren quien los llevaría a la casa de Mariátegui para que conocieran al periodista más destacado del Perú, además de ideólogo. Núñez escribiría su tesis en 1933 sobre Eguren, titulada *La poesía de Eguren*—que no deja de ser polémica en algunos aspectos (López Eguren, 2021)—, y posteriormente trabajos sobre la influencia italiana en Mariátegui, entre otros.

Núñez sería profesor de Teoría Literaria y Literatura Comparada en San Marcos, además de director del Programa de Literatura y

Lingüística. La calidad y erudición de sus estudios fue reconocida rápidamente, siendo por ello invitado como profesor visitante de las universidades de Nueva York, Bonn y Grenoble. En 1933 se casaría con otra vecina de Barranco, la artista, periodista y poeta Carlota Carvallo (1909-1980). Ambos serían amigos de Valle y Emilia, como se refleja en las cartas que intercambian con el escritor hondureño.

Las obras de Núñez tienen como interés indagar en las diversas influencias en la cultura peruana, como se observa en *Autores germanos en el Perú* (1953), *Autores ingleses y estadounidenses en el Perú* (1956), *Las letras de Italia en el Perú* (1968), por ejemplo. La escritura era un deleite tanto para Núñez como para Valle, las cartas son parte de esa vocación.

La pasión por los libros

Valle también fue un bibliógrafo destacado, otra faceta de sus múltiples conocimientos y vocaciones, ello facilitó la comunicación con el historiador y también bibliógrafo peruano, Alberto Tauro del Pino (1914-1994). Conocedor de la historia peruana con profundidad, enseñaría esta materia 40 años en la Universidad de San Marcos. Pero sería en la Biblioteca Nacional del Perú en donde dejaría su huella más visible siendo jefe del Departamento de Investigaciones Bibliográficas, Manuscritos y Libros Raros (1946-1959). Asimismo, fue un profesor de las primeras promociones de la Escuela de Bibliotecarios fundada por Basadre cuando este fue director de dicha institución, cargo que asumió con el objetivo de reconstruirla, luego del incendio de 1943 que destruyó sus instalaciones. Tauro del Pino también estaría a cargo de las revistas que fundó el propio Basadre para divulgar la labor de la nueva Biblioteca Nacional: *Fénix* y *Boletín de la Biblioteca Nacional*.

Tauro del Pino sería un prolífico autor de bibliografías dedicadas a las principales figuras, instituciones y publicaciones de la cultura peruana. Ejemplos: *Bibliografía de Emilio Harth-Terré, arquitecto: conmemorativa de sus bodas de plata profesionales (1920-1945)*; *Bibliografía peruana de historia: 1940*; *Bibliografía peruana de legislación y estudios jurídicos: 1943-1954*; *Bibliografía peruana de literatura, 1931-1958*, además de otros estudios de investigación y antologías, especialmente su *Enciclopedia ilustrada del Perú* (en varios volúmenes). Tauro del Pino dejó una importante enseñanza que sería seguida por bibliotecólogos de las generaciones siguientes que él mismo había ayudado a formar (Hampe, 1986).

Valle encontraría en Tauro del Pino una especie de alma gemela en cuanto a investigación bibliográfica se refiere, pues también aportó con importantes estudios en esa área, como *Bibliografía de Manuel Ignacio Altamirano*; *Bibliografía maya*; *Bibliografía cervantina en la América española*; *Bibliografía de Rafael de Landívar*, entre muchos trabajos de corte histórico. Mientras Valle encontraba a alguien que compartía su interés bibliómano, Tauro del Pino veía en él a un maestro que tomaría como un referente intelectual (en sus cartas le informa constantemente de sus recientes publicaciones) e, incluso, como le escribe en una oportunidad, en temas privados.

En los años cuarenta, Valle conocería a los esposos José Sabogal (pintor) y María Wiesse (escritora), una de las parejas de artistas más destacadas del Perú de inicios del siglo XX y amigos de Emilia (Emilia y María viajaron juntas a Europa luego de la muerte de Jorge Guillermo). Valle quizás los conoció en Lima o cuando asistió al homenaje que los pintores mexicanos (José Clemente Orozco, Carlos Orozco Romero, Federico Cantú, entre otros) rindieron a Sabogal, realizado el 2 de enero de 1943 en la galería de Arte María Asúnsolo,

por cortesía de Dolores del Río, Rosa Rolando y la propia María Asúnsolo. Desde entonces, las dos parejas cultivarían una sincera amistad. De alguna manera, se puede decir que la de Sabogal y Wiesse es la pareja equivalente a la que formaron Valle y Romero.

Sabogal (1888-1956) fue el pintor que introdujo el tema peruano en las artes plásticas y uno de los más importantes representantes del indigenismo artístico. Por ello, Mariátegui lo destacó como el pintor representativo peruano. No es casual que el dibujo emblemático de la revista *Amauta* fuera de Sabogal, quien además fue su editor artístico e, incluso, fue el que sugirió el nombre de dicha publicación. Luego de realizar estudios en Europa y Argentina pasó una estadía en Cusco, de donde tomó como inspiración a sus habitantes, calles y costumbres. También tuvo importante influencia en Sabogal el arte mexicano, cuando estuvo en dicho país y conoció a los más importantes pintores y muralistas, como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros.

En 1922, Sabogal se casó con María Wiesse (1894-1964), escritora proveniente de una familia privilegiada del Perú oligárquico, su padre fue el destacado intelectual Carlos Wiesse. Fue una mujer de amplia cultura y sensibilidad estética forjadas en su estadía en Europa (Suiza, Inglaterra) desde fines del siglo XIX. Regresa al Perú en 1914, apoya a la Asociación Pro-Indígena, que había sido fundada en 1909 por el filósofo Pedro Zulen y la escritora Dora Mayer, y se vincula al movimiento obrero en 1919 para apoyar al Comité Pro-Abaratamiento de las Subsistencias —dirigido por los trabajadores anarcosindicalistas—, producto de la crisis que se vivía debido a la Gran Guerra. Los mismos trabajadores acordarían realizar una manifestación de mujeres contra el hambre, ante lo que Wiesse marcaría una línea de diferencia afirmando, en la revista *Familia*, fundada por ella misma, que la militancia política solo es



actividad de hombres y que las funciones de las mujeres eran la maternidad y el hogar, muy en la línea de algunas de las primeras intelectuales del siglo XIX, de concebir a la mujer como el “ángel de la casa” (Denegri, 1996). A pesar de ello, mantenía su preocupación social, y en 1923 participaría en la fundación del Consejo Nacional de Mujeres del Perú.

Historia y periodismo

Valle siempre buscó estar presente en la vida intelectual peruana, prueba de ello son sus colaboraciones en diferentes revistas y periódicos, como *Mundial*², *La Prensa*, *Mercurio Peruano*, *La Crónica*, *Mar del Sur*³, entre otros. Por eso, en muchos casos, cuando entablaba diálogo epistolar con intelectuales peruanos, ya muchos, si no todos, lo conocían sobradamente. Buena parte de sus comunicaciones están preñadas del intercambio de información de libros en preparación o ya publicados, de envío de artículos o ponencias para ser puestos a disposición de los lectores peruanos. En ese proceso epistolar, el afecto personal va creciendo y son sellados con el encuentro personal que podía darse en cualquier país, pues estos sujetos de ideas solían viajar constantemente para cumplir distintas tareas académicas o de difusión de ideas, sea en congresos, seminarios, conversatorios, conferencias. Es una situación que se produciría con frecuencia. En ese

acercamiento personal, sucedía que autores con sus cónyuges compartían distintos espacios, más aún cuando la pareja también era intelectual. Un ejemplo es la relación de Valle con Aurelio Miró Quesada (1877-1950), miembro de la familia dueña del diario más longevo del Perú: *El Comercio*.

Miró Quesada fue un historiador y periodista reconocido con diversos cargos de importancia propios del campo intelectual, tales como presidente de la Academia Peruana de la Lengua, de la Academia Nacional de Historia, o director de la Sociedad Geográfica de Lima. Asimismo, dirigió una revista de muy alta calidad: *Mar del Sur*, en cuyas páginas colaboraron los escritores más importantes del Perú, y también del extranjero (Alcócer Martínez, 2008), como el propio Valle.

Otro ejemplo es la breve correspondencia de Valle con el historiador Rubén Vargas Ugarte, quien le remite una carta en la que se refiere a libros, amigos y a la propia esposa de Valle, luego de haber estado en México y de partir con el intelectual hondureño.

La voluntad final

Quizás la correspondencia de Valle con Cristóbal de Losada y Puga (1894-1961) sea la más conmovedora, pues trata de la voluntad del escritor hondureño de donar su biblioteca particular a la Biblioteca Nacional del Perú, que era dirigida precisamente por De Losada y Puga.

De Losada y Puga no fue un hombre de letras, sino de números. En efecto, en 1913 empezó sus estudios en la Escuela Nacional de Ingenieros, en la que obtuvo el título de Ingeniero de Minas, en el año 1919. En la Universidad de San Marcos se graduó de doctor en matemáticas, en 1923. En ambas casas de estudio ejerció la docencia. Hombre comprometido con su profesión,

² Valle publicó en *Mundial* algunos poemas en la sección “Albums limeños”, en donde junto a otros poetas como Chocano, Óscar Miró Quesada, Andrés A. Aramburú, Alberto Ureta, Lastenia Larriva de Llona, y otros, dedicaron sus versos a damas de la élite limeña como María Cornejo Parró (*Mundial*, VI, núm. 293, 22 de enero de 1926) y Fausta Gastañeta (*Mundial*, VI, núm. 292, 15 de mayo de 1926).

³ Hemos encontrado por lo menos cinco colaboraciones (poesía, crónica, comentarios de libros) de Valle en *Mar del Sur*, en los números 7 de 1949, 13 y 17 de 1950, y 20 de 1952, en este último tiene un comentario de libro y el muy significativo poema: “A Emilia”.

sería presidente de la Sociedad Nacional de Industrias, en 1931. Desde los años 30, De Losada y Puga ejercería como profesor de sus materias en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

De Losada también tendría cargo político durante el gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, siendo ministro de Educación Pública. Terminado el gobierno abruptamente por un golpe de Estado en 1948, De Losada asumiría la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, la que ejercería hasta su muerte: 13 años estuvo al frente de la primera institución cultural del Perú, y para muchos fue uno de sus mejores directores.

Toda la correspondencia que se conoce entre Valle y Cristóbal de Losada y Puga gira alrededor de un tema único: la donación de la biblioteca del polígrafo hondureño a la Biblioteca Nacional del Perú, institución de la cual De Losada y Puga era director.

Rafael Heliodoro Valle murió en México, el 29 de julio de 1959. Se puede afirmar que, en una de sus últimas decisiones, tuvo presente al Perú.

Conclusiones

Las cartas personales, especialmente de los sujetos de ideas, son documentos culturales, pues se constituyen en el medio por el cual estos constituyen redes sobre las que sostienen su importancia en tanto autores que divulgan ideas, pensamiento y creaciones.

Rafael Heliodoro Valle aparece como un vértice en el cual confluyen los otros corresponsales. Los saludos para los amigos, el traslado de artículos para publicar, las invitaciones a congresos u otra actividad que los congrega, el encuentro físico en otros países, van conformando un lenguaje que expresa una forma de sociabilidad propiamente entre

intelectuales. Al mismo tiempo, va creando una identidad “americana” o “latinoamericana” que, de ser en un primer momento meramente intelectual e idealista, deriva luego en proyectos políticos revolucionarios, lo que implica el reconocimiento de aliados y enemigos.

Valle, en tanto figura intelectual, no aparece ante sus contemporáneos como un maestro, como sí lo serían Vasconcelos, Ingenieros o Ugarte, sino como un par, un igual que se comunica con autores peruanos de diferentes formaciones, generaciones y pensamiento. Su relación es horizontal, pero sin negar el reconocimiento que recaba de sus colegas. La sabiduría y sensibilidad de Valle son reconocidas sin ambages. Este reconocimiento abre el camino para la conformación de un conjunto de relaciones que rápidamente derivaría en la conquista de la mutua legitimidad, base en la constitución del campo intelectual.

Las cartas trasuntan un espíritu cosmopolita que facilita la interacción, a pesar de lo rudimentarios que eran todavía los medios de comunicación. Las cartas, los libros y las revistas llegaban por barco generalmente, salvo cuando los mismos intelectuales eran los portadores, y ello tomaba un tiempo más o menos largo. Aun así, es de destacar un instinto gregario de los intelectuales, que buscan conformar una colectividad basada en las funciones sociales que cumplen en tanto pensadores sociales.

Por otro lado, la calidad de estos sujetos de ideas se revela en las biografías de los personajes abordados. Todos son destacados, notables, y ante sus propias colectividades nacionales recaban el derecho a representarlas, lo que luego buscarían extender hacia la región: ser intelectuales de la unidad continental. Ese reconocimiento se sostiene en el uso privilegiado de la palabra escrita y de los conocimientos que llegan a exhibir, pues podían combinar estudios de derecho con la creación poética,



la labor editorial, las funciones diplomáticas, el periodismo y un largo etcétera. Es decir, la profesionalización de las disciplinas todavía era inicial, característica esencial del pensador social latinoamericano en las primeras décadas del siglo XX, pero que se comunicaba y actuaba perfectamente con sociedades también en formación.

Sobre las formas de escritura, se puede observar en los casos revisados—además del tono siempre, o casi siempre, cordial—, la prosa poética de Eguren, la violenta de Chocano, la zalamera de Haya de la Torre, la enojada de Mariátegui, la desesperada de Palma, la cómplice de Porras Barrenechea, la seductora de García Calderón, la seria de Núñez, la diplomáticamente cuidadosa de De Losada y Puga, la dramática de Larco Herrera, en fin, cada correspondencia se expresa desde su propio estilo y circunstancias.

No se debe dejar de lado la importancia de los cónyuges. Hemos visto varios casos: Valle con Emilia, Sabogal con Wiese, Núñez con Cota, Ciro con Dora, y otros casos que surgen a lo largo del intercambio de cartas.

La conjunción de todos estos elementos contribuye a la conformación inicial del campo intelectual latinoamericano: en un primer momento, rutilante, explosiva, pero a medida que pasan los años y la vida política se vuelve invasiva por medio de los gobiernos reaccionarios—en el sentido que detienen el proceso de expansión del pensamiento—, el entusiasmo decae, y otras preocupaciones van copando las líneas de las misivas.

Referencias bibliográficas

Aguirre, C., Martín, G., Munguía J. & A. Wong Campos (editores) (2022). *Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa. Las cartas del Boom*. Colombia: Alfaguara.

Alcócer, A. (1998). Aurelio Miró Quesada Sosa (1907-1998). *Letras*, 69.

Bourdieu, P. (2002a). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Editorial Montessor. Disponible en <http://www.redmovimientos.mx/2016/wp-content/uploads/2016/10/Bourdieu-P.2002.-Campo-de-poder-campo-intelectual.-Itinerario-de-un-concepto.-EditorialMontessor.pdf>

Bourdieu, P. (2002b). *Lección sobre la lección*. Barcelona: Editorial Anagrama S.A.

Bourdieu, P. (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

Castro, L. (editora) (2022). *Un historiador enamorado. Cartas de amor de Jorge Guillermo Leguía y Emilia Romero (1933)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Chapa, Ma. (2013). Doce notables peruanos en la actividad intelectual de Rafael Heliodoro Valle: correspondencia. *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas XVIII* (1 y 2), primer y segundo semestres.

Denegri, F. (1996). *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Devés, E. (2007). *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados.

Gonzales, O. (2002). *Pensar América Latina. Hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos. Siglo XX*. Lima: Ediciones Mundo Nuevo.

Granados, A. & S. Rivera (editores) (2018). *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX*. Ciudad de México: El Colegio Mexiquense/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa/CSH.

Hampe, T. (1986). Tauro del Pino, Alberto. *Diccionario Histórico y Biográfico del Perú. Siglos XV-XX*. Lima: Carlos Milla Batres.

- López, I. C. (2021). *Rastros familiares. José María Eguren, orígenes y trayectoria de la familia Eguren en el Perú*. Lima: Edición de autor.
- Lozoya, I. & C. Zamorano Díaz (editores) (2021). *Redes y revistas: Una cartografía del campo cultural latinoamericano*. Santiago de Chile: Ariadna Editores.
- Martín, P. (2005). Familiar, retórica, cortesana: disfraces de la carta en los tratados epistolares renacentistas. *Cuadernos de Historia*, IV. Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/CHMO/article/view/CHMO0505220015A>
- Martínez, E. (2017). *Redes en el exilio Francisco Ayala y el Fondo de Cultura Económica*. México: Dykinson.
- Melgar, R. (2020). *Rafael Porras Barrenechea y Rafael Heliodoro Valle. Un ejemplo de cooperación intelectual (1921-1959)*. Lima: Fondo Editorial-Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle.
- Micheletti, M. G. (2017). “Un epistolario que puede ser considerado como elemento de historia”. Amistades personales, sociabilidades intelectuales y proyectos editoriales a través de las cartas del archivo de David Peña (1862-1930). *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, Córdoba (Argentina), 17 (17).
- Pinto, I. (2021). Luis Alberto Sánchez (1900-1994). En: Cateriano, P. (editor). *25 peruanos del siglo XX*. Lima: Editorial Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas.
- Pita, A. (2017). Fronteras simbólicas y redes intelectuales. Una propuesta. *Historia y Espacio* (13), 49.
- Sáez, C. & A. Castillo Gómez (editores) (2002). *La correspondencia en la historia. Modelos y prácticas de la escritura epistolar*. Madrid: Calambur. Disponible en: https://litterae.es/download/2013/08/Litterae_Correspondencia_Historia_muestra.pdf
- Sorá, G. (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Torres Bodet, J. (2012). *El escritor en su libertad*. México: El Colegio Nacional. Disponible en: <https://colnal.mx/wp-content/uploads/2021/06/Discurso-Jaime-Torres-Bodet-comprimido.pdf>
- Weinberg, L. (editora) (2021). *Redes intelectuales y redes textuales. Formas y prácticas de la sociabilidad letrada. Historia comparada de las Américas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Centro De Investigaciones Sobre América Latina y el Caribe.
- Zuluaga Quintero, D. A. (2021). Intercambio epistolar y latinoamericanismo cultural: Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (1971-1983). Weinberg, Liliana (editora) (2021). *Redes intelectuales y redes textuales. Formas y prácticas de la sociabilidad letrada. Historia comparada de las Américas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto Panamericano de Geografía e Historia-Centro De Investigaciones Sobre América Latina y el Caribe.

Recibido el 11 de mayo de 2024

Aceptado el 4 de julio de 2024